



TALLERES DE ORACION Y VIDA

Una Nueva Evangelización

DIMENSION HUMANIZANTE DE LA ORACION

SEMANAS DE CULMINACIÓN

PADRE IGNACIO LARRAÑAGA

Todo lo nuestro se resume en dos palabras: fe y humanismo, las dos cosas tomadas de la mano. Nosotros enseñamos a orar, pero nadie se da cuenta de la carga humanista, liberadora que lleva todo nuestro mensaje, y de eso vamos a hablar.

Dijo San Agustín, que Dios es como un centro de gravedad que ejerce un poderoso atractivo sobre el hombre; y, en la medida en que este hombre se aproxima a Dios, mayor velocidad y atractivo adquiere. En suma, la velocidad hacia Dios está en proporción a la proximidad con El.

El Concilio presenta al hombre como un ser magnífico, que lleva en sus profundidades la imagen de Dios, portador de gérmenes ilimitados de superación. Y el Concilio agrega que “por su interioridad, el hombre es superior al universo entero”.

Y agrega: “A estas profundidades retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda”. Y concluye diciendo: “Es en el núcleo más

secreto donde el hombre se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en su recinto más íntimo”. (G5 14)

Cuando una persona se capta así misma introspectivamente, percibe en sí misma diferentes niveles de interioridad. Y entre esos niveles puede distinguir un último nivel donde nadie puede hacerse presente sino Aquel que trasciende todo tiempo y todo espacio: DIOS

A esta realidad los filósofos llamaban: La última soledad del ser.

En la vida eterna Dios mismo será el alimento perpetuo que saciará al alma, aunque el alma nunca se sacia por completo. Misteriosamente, cuanto más se nutre el alma, más hambre siente de Dios. Es como la zarza que siempre ardía y nunca se consumía.

Por eso, en la eternidad no hay rutina, monotonía o hartura, no hay nada de eso. Al contrario, el cielo es una eterna novedad cada instante, y cuanto más el alma se sacia de Dios, mayor novedad. Porque cuanto más se sacia el alma “en el torrente de todas las delicias que dice la Biblia”, en la misma medida se amplía la potencia misma. Definitivamente Dios es la eterna novedad. Es la posesión colmada en que los deseos y las palabras callaron para siempre.

* * *

El fundamento de toda actividad orante es la FE, como sabemos. El Concilio presenta la vivencia de la fe como una peregrinación, como la travesía de un desierto que, históricamente fue la travesía desde Egipto hasta Canaán, atravesando un desierto durante 40 años, y esta travesía estuvo cuajada de rebeldía y sumisión, blasfemia y adoración, aclamación y protesta, todo junto. Todo esto es el símbolo de las vacilaciones y perplejidades que sufre el alma en su peregrinación de la fe.

Ya en los primeros pasos de la peregrinación bíblica, aparecen las primeras crisis del pueblo hebreo ya metido en el desierto y la protesta explosivamente salta desde el principio, y Moisés tuvo que hacer prodigios para convencer al pueblo de que estaban en un camino correcto. Pero, aun así, después de todo llegado el momento, la duda estremece los fundamentos de la fe con una horrible pregunta lanzada por todo el pueblo a Moisés: ¿Está Dios con nosotros o no está?

* * *

Para orar necesitamos remar entre las olas de la dispersión, distracciones y sequedades; avanzar mar adentro hasta dar alcance al Centro mismo, a la fuente viva y profunda, al Glaciar de las nieves eternas, Dios mismo, la Presencia misma del Amado, esa relación quieta e inefable yo-tú, tú-yo. Es el sol, pero es un sol tamizado, es decir, fragmentos del sol derramados a través de la espesura.

Es presencia y esa presencia, es siempre oscura, pero cada vez más viva. Cuando la fe y el amor se intensifican, los rasgos de Dios se perciben no más claros sino más densos.

Dios está dentro de mí y en torno de mí y con su presencia activa, paterna, vivificante alcanza las más lejanas y profundas zonas de mi propia intimidad. Dios es el alma de mi alma y la vida de mi vida, y la realidad total y totalizante dentro de la cual estoy profundamente sumergido.

Todo encuentro con Dios es intimidad, y toda intimidad es un recinto cerrado. ¿Qué hacer para acallar los clamores, nerviosismos y tensiones?... ¿de qué manera sobrepasar el bosque de imágenes, conceptos y evocaciones sobre Dios para quedarnos exclusivamente con el mismísimo Dios? He aquí la cuestión. Todo está bien, evocaciones. Pero el problema final es quedarnos con el mismísimo Dios más allá de las evocaciones.

* * *

Santa Teresa definía la oración como trato de amistad, estando verdaderamente a solas con Aquel que sabemos nos ama.

Tratar es una expresión castellana que, en este contexto, presupone, significa e incluye una atmósfera interior afectuosa, interpersonal, en un movimiento recíproco y oscilante de dar y de recibir.

Siempre que hay trato con Dios, hay oración. Y, para que haya oración tiene que haber trato de amistad con Dios. “Estar con”, mirar, sentirse recíprocamente presentes... serían unos cuantos verbos que nos aproximarían a lo que es la esencia misma de la oración.

Siendo Dios amor, habiéndonos creado por amor, y habiendo sido redimidos por amor, el destino final de todas las intervenciones divinas no puede ser otro sino transformarnos en amor. Siendo el amor dinamismo, intrínsecamente, Dios siempre está en acción, nos invita, nos solicita, se nos ofrece y pone en movimiento todas las potencias interiores.

En una reacción admirable de amor, Dios se nos descubrió, se nos declaró y se nos ofreció gratuitamente para formar con nosotros una comunidad de vida y amor. Dios quiere formar una sociedad en aquella única zona donde convergen el Creador y la criatura, la zona del espíritu y de la fe. Por eso el encuentro con Dios presupone un clima de hogar con elementos como calor, confianza, ternura... características típicas de un hogar dichoso.

* * *

El encuentro con Dios tiende a ser cada vez más simple, profundo y posesivo. Las palabras van desapareciendo y la comunicación se envuelve en un espeso silencio.

Se abandona el lenguaje y la comunicación se efectúa de ser a ser, sumergiéndose el alma en las profundas y silenciosas aguas divinas. El es la Presencia pura y amante y envolvente y compenetrante y omnipresente, Él es y me ama. Y yo ¿quién soy? Soy una atención abierta amorosa y sosegada. No absorbido por un Tú sino asumido por un Tú.

No hay en el mundo movimiento tan dinámico, tan quieto, o quietud tan dinámica como el AMOR. Es la Presencia Amante y envolvente. Es Dios en su infinita potencia y amor, el que se despliega sobre los mil mundos de nuestra interioridad.

Y se establece una corriente atencional y afectiva con un Tú, en la fe y en el Amor. Mis energías atencionales y emocionales salen de mí, se proyectan en un Tú, se quedan con un Tú, y todo mi ser permanece quieto, concentrado, compenetrado y paralizado en un Tú.

Pero también el Tú sale hacia mí por el camino del amor. Ahora bien; si EL sale hacia mí y yo salgo a mi vez hacia EL, si EL acoge mi salida y yo acojo su salida, el encuentro viene a ser una convergencia intersubjetiva de dos interioridades consumada en el silencio del corazón, en la fe y en el amor.

Cuando dos presencias previamente conocidas se hacen mutuamente presentes, se establece una corriente alterna y oscilante de dar y de recibir, de amar y de sentirse amado.

Es un circuito vital de denso movimiento que, no obstante, se consuma en la máxima quietud, en una proyección nunca identificante, pero siempre unificante.

* * *

Ahora bien, viene la pregunta, ¿de dónde y cómo le viene a la oración su dimensión humanizante? Y este es el punto central que estamos tratando en esta charla. Comencemos a ver y la explicación de profundidad es esta:

La raíz de todas las desgracias es ésta: el hombre proyecta ante sí mismo y para sí mismo la imagen de su persona. Una cosa es lo que soy y otra cosa es lo que imagino ser. Este imagino ser o sea la imagen, se le transforma al hombre en el objeto de adhesión y devoción que nosotros llamamos apropiación

El deseo de ser estimado engendra el temor de no ser estimado. Del ansia de triunfar, nace el temor de fracasar. Y así va naciendo el culto del ego, y la adherencia a la imagen de sí mismo, de tal manera que ya no interesa lo que soy sino cómo me ven. Lo que importa al ego es la imagen no la realidad.

Pero esa imagen es mentira, es fantasía, es ficción, loca quimera, una vibración inútil que persigue y obsesiona. Y el ego, acaba por transformarse en la madre de todos los miedos, temores, ansiedades, tristezas, rencores, envidias, aversiones... todos los carbones encendidos que nos queman en la intimidad.

Ahora bien, pregunta; una fuerte experiencia de Dios, ¿qué hace? Una fuerte experiencia de Dios destroza la columna vertebral, el núcleo central del ego, eso es lo que hace. La Presencia Amorosa y Poderosa y Envoltente de mi Dios y de mi Padre, absorbe y succiona el “yo”, neutraliza la adhesión a la imagen y el ego deja de ser el centro de mí interior, el centro de la persona

Pero eso con grandes consecuencias que son las siguientes:

Se sueltan las apropiaciones y las adherencias, amanece la Gloriosa Libertad de los hijos de Dios, nace el encanto de la vida, las ganas de vivir, la calidad vital, la paz, el descanso, todo eso nace. La capacidad de amar en sus mil formas y maneras... nace eso. La posibilidad de devolver bien por mal, amar a los no amables, aceptar a los difíciles, perdonar las ofensas, comprender a los conflictivos, solidarizar con los últimos y marginados, todo eso y mucho más viene como efecto de lo que hemos dicho.

La vida está cambiando radicalmente. Ya estamos sumergidos, hasta el cuello, en la dimensión humanizante de la oración.

Cuánto más profundo es el encuentro, la presencia de Dios comienza a hacerse presente, a impactar, iluminar e inspirar a la persona en sus realidades más profundas que son las siguientes: el inconsciente, los impulsos, los reflejos y los criterios...en todos esos terrenos se hace presente.

Cuánto más vivo es el encuentro, en esa proporción Dios penetra y alumbrando las fibras más sensibles del alma. Y entonces, el hombre poco a poco comienza a caminar en la presencia de Dios. Los impulsos y reflejos salen al campo de la conducta según Dios. Y así, el comportamiento del cristiano, su estilo aparece ante el mundo según la figura de Jesús.

Y de esta manera va realizándose, en círculos concéntricos cada vez más amplios, la divinización de la humanidad y la humanización de Dios por medio de la oración. Estos aspectos normalmente están descuidados y nadie habla en la iglesia de estas cosas.

Dios Amor despierta, inspira y transforma las potencialidades del alma, y el cristiano entra en un proceso irreversible de transparencia.

El torrente de amor que es Dios arrastró consigo los delirios, las locuras del alma, las preocupaciones artificiales de la gente y las pasiones inútiles; y el hombre, por fin, se libra de la agonía mental y de la angustia. Este hombre

se mueve y combate en el mundo, pero su morada está en el Reino de la Paz. Esta es la dimensión humanizante de la oración.

* * *

Todo esto, naturalmente, no se consigue en un instante. En la vida todo es lento y evolutivo. Hay pasos, no hay saltos. Pero el cristiano que es fiel al trato personal con el Señor irá avanzando indefectiblemente hacia la transfiguración que estamos describiendo, ya no sentirá temor a la vejez ni a la muerte, sino que de alguna manera, participará del esplendor inextinguible de Dios.

El Señor mi Dios, en sus profundidades lleva un dinamismo tal, que en los esplendores de la eternidad, como un universo en expansión, dio a luz esta colosal fábrica que contemplan nuestros ojos, desde las últimas galaxias hasta este sol que nos da luz y vida. ¿Qué valen nuestros conceptos de diferencia, relatividad, distancia? Ante el Absoluto, todo es relativo.

La oración que hemos explicado es una vivencia inmediata de Dios, y esta sería una de las definiciones más categóricas de la oración misma, “la vivencia inmediata de Dios”, inmediata que quiere decir no a través de comparaciones, teorías, ideas, teologías sino inmediata, trato personal cara a cara, yo tú, intimidad a intimidad, mi intimidad con tu intimidad, que necesariamente, va acompañada de una sensación de plenitud que no admite términos de comparación. No hay en el mundo ninguna sensación que se le pueda comparar a esta en densidad y júbilo.

Esta densidad la expresa la Biblia con versículos incomparables,

Como esta del Salmo 4:

“Tú Señor, has puesto en mi corazón,

más alegría que si abundara en trigo y en vino (S. 4).

En una sociedad como aquella tener viñedos, tener trigales, era cosa de ricos, de millonarios, pero tú has puesto en mi corazón mucha más alegría que si tuviera inmensos trigales e inmensos viñedos.

Y el Salmo 16 qué dice:

*“Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas
y mi carne descansa segura.
Me saciarás de gozo en tu Presencia,
de alegría perpetua a tu derecha” (S. 16)*

No se podía haber dicho de manera tan inspirada como esta.

*“Me saciarás de gozo en tu Presencia,
de alegría perpetua a tu derecha” (S. 16)*

Y el salmo 90, igualmente:

*“Por la mañana sácianos de tu misericordia
y toda nuestra vida será alegría y júbilo,
Alegría y júbilo” (S. 90)*

No puede haber mayor inspiración poética para expresar vivencias inefables, que superan todo.

Y de esta manera continúan los salmos, es decir lo que hemos dicho.

No hay en el mundo ninguna sensación que se le pueda comparar en densidad y en júbilo a una experiencia profunda de sentirse arropado, envuelto e identificado con el eterno e infinito Dios.

Y así la vida del orante transcurre gozosa y feliz. En medio de grandes problemas el orante respira una profunda paz. Si por alegría entendemos la serenidad de quien está por encima de los vaivenes de la vida, quien camina en la presencia del Señor va vestido esplendorosamente de alegría. Aquí está la grandeza del orante: el poder vivir en medio de conflictos y dificultades con el alma llena de serenidad y calma. Aquí está la grandeza y a esto llevamos nosotros

Por esto estoy diciendo que dos cosas son las que hacemos: fe y humanismo. Todo esto que dice aquí, estos versos son humanismo.

Basta sentirse amado por el Padre y al momento se enciende la gloriosa libertad de los hijos de Dios; es un algo instantáneo como el encanto de un toque mágico, igual. Todo lo que el amor toca, liberta. Basta experimentar la presencia amorosa de Dios Padre y repentinamente el alma siente la impresión de sentirse libre. ¿Libre de qué? Del temor, enemigo número uno del corazón del hombre. El mal del fracaso no es el fracaso, es el miedo del fracaso. El mal de la enfermedad no es la enfermedad, el miedo de la enfermedad, el mal de la muerte ni siquiera es la muerte es el miedo de la muerte. Pero Pablo responderá diciendo con una letanía tremendamente inspirada, cuando dice: pero yo estoy convencido, de que ni la vida ni la muerte, ni lo presente ni lo futuro, ni lo alto ni lo profundo, ni las angustias, ni las tribulaciones, ni las persecuciones ni las incomprendiones, nada ni nadie, nos podrán apartar de nuestra gloriosa libertad de paz y amor.

Y aquí nace, qué nace, el encanto de la vida, la calidad vital, la dimensión humanizante de la oración que arrastra consigo aquellas tres cualidades de que habla Kazantzakis:

La omnipotencia sin poder,

La embriaguez sin vino

Y la vida sin fin.

Lo tengo todo, no me falta nada.

*** * ***

En esta vivencia inmediata de Dios van envueltos y compenetrados el amor, la admiración, el compromiso, la entrega y la vida, todo está ahí envuelto.

Pablo VI, en la Clausura del Concilio, después de decirnos que la verdadera oración consiste en “clavar en Dios la mirada y el corazón”, así definió la oración, agrega que: “el acto más alto y más pleno del espíritu”, “el acto que hoy puede y debe jerarquizar la inmensa pirámide de la actividad humana, es la oración”.

Y también esto es humanización: elevar hacia arriba todas las energías y adherirlas a Dios en un acto sublime del espíritu humano. Y este acto recapitula y pone en orden exacto las prioridades, valores y actividades humanas. Todo el tiempo lo divino y lo humano van sucediéndose y alternándose y tomados de la mano, siempre y eternamente.

De nuevo estamos ante la dimensión humanizante de la oración.

*** * ***

Hoy día hay quienes dicen: rezan y no cambian. Y agregan que muchos de los que rezan se mantuvieron hasta el fin de sus días, egoístas e inmaduros. Eso se oye decir

Hay que preguntarse que si rezando son así ¿qué sería si no rezaran? En todo caso, siempre está bien el cuestionamiento porque, es verdad que hemos conocido personas rezadoras que se mantuvieron hasta el fin de sus días conflictivas y suspicaces.

En cambio, el Dios de la Biblia es un Dios esencialmente desinstalador, siempre desafía, cuestiona e incómoda. Nunca deja en paz, aunque siempre deja la paz. Entonces, ¿cómo se explica que algunas personas dedicaran tantas horas a Dios, y un Dios libertador no las liberó?

La explicación puede ser la siguiente: estas personas parecían que amaban a Dios, se amaban a sí mismos: siempre estuvieron centrados en sí mismos. No salieron de sí mismos. Si no hay salida, no hay libertad. Si no hay libertad, no hay amor y si no hay amor, no hay madurez. Por eso no crecieron.

* * *

Ese Dios con quien he tratado en la oración, ahora tiene que bajar conmigo a la lucha de la vida. Esa temperatura interior, esa presencia divina que he tenido o he sentido esta mañana, me acompañará a donde quiera que vaya y ambienta mi vida por todos los costados.

Se le presenta una dificultad: cómo perdonar, cómo tener paciencia, cómo comprender... y pensando cómo Jesús perdonó, y cómo Jesús comprendió y cómo tuvo paciencia, y a pesar de las durezas de la vida fue dulce, todo aquello que está en los evangelios a la vista, cómo tuvo paciencia sobre todo en las horas desgarradoras de la Pasión y muerte... esa presencia de Jesús en mí se hace densa y emocionante y no me cuesta nada perdonar, comprender, tener paciencia, y ello produce dentro de mí una satisfacción que no se la pueden imaginar, y crece el amor y cada vencimiento se transforma en dulzura.

Y cualquier brote de egoísmo, como irritabilidad, capricho, envidia, venganza que yo supere con Dios y por Dios, hace crecer el amor; y como el amor es unitivo, crece la atracción por Dios que lo arrastrará a un nuevo encuentro con El.

Cuando el cristiano entra en la vivencia inmediata de Dios, Dios mismo asume y absorbe el “yo”. Entonces el cristiano experimenta aquella libertad gloriosa de los hijos de Dios en que se evaporan la timidez, la inseguridad, el ridículo y los complejos, todos se van volando.

Jamás nadie experimentará tan intensa plenitud de personalización, equivalente a aquella omnipotencia embriagadora de Pablo al decir: “Si Dios está conmigo ¿quién contra mí?” ... No cabe más alta humanización.

* * *

En la lucha contra la injusticia, el orante se esfuerza por ser testigo y no político, los políticos sí que normalmente tienen un ego más grande que ellos mismos, pero, uno que ha estado en oración, uno que desciende de las montañas “con el Señor a mí derecha”, esta es la expresión bíblica, “desciende de las montañas con el Señor a la derecha”, para estar al lado de los pobres y oprimidos, y liberar a los cautivos. Y entra en la batalla del amor, y hoy visita a un sujeto desagradable. Mañana queda en silencio ante unas palabras groseras que le han soltado. Y al día siguiente procede con paciencia infinita con la conducta soez de un compañero de trabajo y va vencién dose y en todo momento reaccionado al estilo de Jesús.

El orante vive envuelto de Dios, e impulsado por el amor busca nuevas oportunidades para expresar este amor. Y sorpresivamente se encontró envuelto en conflictos, se acordó de Jesús y logró mantenerse estable e íntegro.

Se aceptó a sí mismo tal como es; aceptó a los difíciles tal como son que están a su alrededor. Perdonó siempre y por eso se mantiene en serenidad. Evita susceptibilidades y supera las sensibilidades en Jesús y con Jesús. Y mientras esto sucede, Dios se va transformando en premio y regalo para su corazón, y la vida adquiere sentido, alegría y esplendor. En Dios y por Dios, las

renuncias se transforman en liberación, las privaciones en plenitudes, y las repugnancias en dulzuras. Difícil imaginar una humanización tan excelsa; y todo por el camino del abandono.

* * *

Jesús les dijo: “cambien los corazones”. La consecuencia natural de la oración es, pues, un “estar eternamente pasando del egoísmo al amor”, meta final del Sermón de la Montaña. El amor, en sus múltiples derivados, por ejemplo: hacer el bien a los que les hacen mal; perdonar a los que les ofendieron; reconciliarse antes de presentar la ofrenda ante el altar; corregir al hermano, pero con dulzura; hacer el bien pero sin buscar recompensa; presentar la otra mejilla y quedarse entero y señor elegante de sí mismo, de sí misma. Es un eterno pasar del egoísmo al amor: he ahí la dimensión humanizante de la oración. De esto no se habla en la iglesia, pero es así.

Naturalmente para esto Dios nos puso en la vida un arquetipo, un modelo que es Jesús. De manera que todo proceso de transfiguración es cambio de una figura por otra; es decir, repetir de nuevo en nosotros los sentimientos, actitudes, reacciones, reflejos mentales, vitales, la conducta general de Cristo Jesús.

El día que me encuentre con personas hostiles, dejaré a un lado mis viejas historias con esas personas, y me diré: en este momento mis ojos no son mis ojos, son los ojos de Jesús; miraré a esa persona con la benevolencia de los ojos de Jesús.

Cuando me envuelvan olas de contradicción, que se presentan en el momento menos pensado, pensaré: en este momento yo ya no soy yo, es Jesús quien vive y actúa en mí; voy a comportarme con la serenidad y la estabilidad emocional de Jesús en tantas escenas del evangelio.

Cuando me suelten inesperadamente palabras ofensivas, imaginaré a Jesús delante de los jueces, y callaré como Jesús callaba, en silencio y paz.

*** * ***

Cuando me entere que me han traicionado, dejaré pasar un tiempo razonable. Luego pondré ante los ojos de mi alma la figura de Jesús manso y humilde, silencioso ante los jueces, como el traidor, y me diré: Jesús, entra dentro de mí, y perdona tú dentro de mí que yo no puedo, perdona tu Jesús con mi propio corazón.

Cuando me dé cuenta de que vivo demasiado centrado en mí mismo, me acordaré de Jesús que vivió despreocupado de sí mismo y preocupado de los demás, que pasó por el mundo haciendo el bien a todos, y me esforzaré por vivir salido de mí y vuelto a los demás.

Pensando que Jesús, en las horas de Pasión, procedió en todo momento con humildad, paciencia y dignidad, me esforzaré por comportarme con la misma mansedumbre ante las contradicciones y las incomprendiones de la vida.

Y procuraré ser sensible y misericordioso como Jesús que vino a sanar a los heridos de corazón, a anunciar la libertad a los esclavos, a los ciegos la vista y a los oprimidos la liberación.

Me esforzaré por ser manso y paciente como Jesús que en todo momento respiraba sosiego y paz. Y ante los acusadores y jueces procedió en todo momento con silencio y dignidad. Nunca se defendió; nunca se justificó.

Llegará la hora de los problemas complejos y múltiples a nivel matrimonial, a nivel de la vida fraterna, en las relaciones comunitarias, llegará el momento y la hora de ceder, perdonar, y callar... me acordaré de Jesús y

trataré de mirar como Jesús miraba, y sentir como Jesús sentía y actuar como Jesús actuaba.

Y así, viviendo de esta manera, los que me ven, lo verán a él. Y de esta manera, yo llegaré a ser, paso a paso, una viva transparencia de su ser y de su amor.

* * *

El proceso de personalización o humanización irá avanzando hacia delante y hacia arriba hasta alcanzar altas cumbres. Y si hasta ahora hemos cosechado fracasos, ya viene la primavera, vestida de luz; y más allá de la noche, ya se asoma la aurora.

No te canses hermano. Aunque miles de veces me digas que todo está perdido, miles de veces te responderé que todavía estamos a tiempo. Vengan hermanos, y comencemos otra vez...Eso es todo

Naturalmente, esto proviene de la vivencia inmediata de Dios. Si no hay esto, todo son palabras vacías. De la vivencia inmediata de Dios, proviene todo este proceso de humanización, entonces no hay que darle más vueltas. Nuestra tarea original, radical y primitiva y de principio a fin es el encuentro personal con el Señor. Sin esto no hay nada. Despídanse.

Por eso nosotros tenemos tres horas en estos días dedicados al Señor exclusivamente, sea en forma de oración comunitaria como lo hemos hecho a la mañana, sea en forma solitaria que es lo definitivo, lo importante es eso, encuentro personal con el Señor Dios en silencio y soledad, de intimidad a intimidad y cara a cara con mi Jesús o con Dios Padre en la fe, siempre en la fe, con Jesús resucitado o el Padre glorioso y eterno, y de esta manera sentirnos fortalecidos con su presencia y comienza todo esto que acabamos de decir, que es un proceso humanizante y eternamente.

